

RECORDANDO A UN MAESTRO: ROBERTO MUNIZAGA AGUIRRE

Fernando Valenzuela Erazo
Universidad de Chile

Roberto Munizaga Aguirre, maestro de generaciones, el pensador de la educación chilena, nos ha dejado este año en su tránsito hacia otras latitudes. De avanzada edad, durante el último tiempo estuvo retirado de las actividades docentes. Con las propias palabras que él mismo utilizara para referirse a don Valentín Letelier, podríamos decir que la Universidad de Chile se siente comprometida con este pensador y debe reactualizar sus grandes ideas, así como animar la figura cordial de quien fuera un maestro y un efectivo luchador en la gran batalla por nuestra cultura.

Defensor incansable del Instituto Pedagógico, cuya creación representa en Chile -según su opinión- uno de los grandes e inestimables beneficios entregados a la cultura nacional y latinoamericana, le atribuye enorme importancia al papel realizado por la propia Universidad en la instalación y realización de esta obra. El propio profesor Munizaga estudió Pedagogía en Francés en el Instituto Pedagógico y siguió, además, el curso especial de Filosofía.

Profesor de excepcional talento filosófico, es autor de una obra de gran consistencia que versa sobre temas educacionales y filosóficos, que incluye estudios sobre el pensamiento educacional de Valentín Letelier, al que conoce muy de cerca (*Letelier y nuestra tradición pedagógica*, trabajo en el que recoge dos artículos: “Don Valentín Letelier y el Instituto Pedagógico” y “Letelier y la educación primaria”). También escribió: *En torno a Sarmiento, Filosofía de la Educación Secundaria, Educación y Política, Ensayos de pedagogos chilenos, Fundamentos de Educación*. Esta última obra, famosa en el medio latinoamericano, alcanzó varias ediciones en nuestro país y no ha sido superada hasta la fecha.

No eludió los grandes problemas de su época. Defensor consecuente de la cultura, admitió la necesidad de la filosofía en el discurso formador que vincula estrechamente la sociedad a la educación. Piensa el maestro que los problemas filosóficos son problemas eternos, cuyos términos no han cambiado desde la Antigüedad

hasta nuestros días, y que toda la filosofía es sólo una respuesta eternamente promisoriosa en cuyas implicaciones existe, en cualquier momento, la posibilidad de volver a replantearse la pregunta fundamental del hombre.

Tenía el convencimiento de la educación como función social y discutió ampliamente las relaciones de la educación general y la especial, cuestión que no es otra que aclarar el significado del humanismo y el contenido mismo de las humanidades. Cobran plena actualidad en su trabajo las concepciones de la enseñanza universitaria que, en términos modélicos, se plantea en favor del universitario culto y llama a cuidarse de la *barbarie del especialismo*, en la forma como lo consagrara definitivamente Ortega y Gasset. Se preocupa de definir las relaciones entre el Estado y la Educación, oportunidad en la que plantea con mucha solidez una teoría de la Educación Pública.

Candidato indiscutible al Premio Nacional de Educación, el profesor Munizaga fue el primero en recibir este reconocimiento en 1980. Su discurso de aceptación corresponde a un documento de análisis crítico de la educación chilena de ese período, momento en el que observa con preocupación la dejación que el Estado comenzaba a manifestar respecto de sus funciones formadoras. Por estas razones, mantuvo una posición de reserva frente al sistema de municipalización de la educación nacional que se vislumbraba por entonces y que conducía, a su juicio, a una pérdida de la unidad del sistema pedagógico y de las directrices propias de la educación. Abunda su testimonio sobre el papel de la educación, en cuanto función determinante de la vida social que conserva, trasmite y reconstruye la vida de la comunidad. Destaca el íntimo nexo que existe entre la filosofía, la educación y la política y, asimismo, busca la necesidad de establecer las relaciones entre la cultura y el trabajo. Con mucho convencimiento sostiene que la nación es el alma de un pueblo, un principio espiritual, que se alcanza gracias a la labor integradora de la escuela.

El pasado reciente le hizo pensar en los diversos puntos de vista que plantea la ciencia, hecho que a su juicio provocó la diversificación de la educación en un gran número de disciplinas especializadas, sin el contrapeso necesario de una cultura filosófica antiespecializante y totalizadora, tan necesaria para neutralizar el peligro que ofrecen las versiones unilaterales de la cultura y de la propia ciencia.

Su gran sensibilidad y experiencia le indican que la educación primaria, la secundaria y la universitaria tienden a gravitar en torno a sí mismas, limitación que debe corregirse en función de una idea filosófica de totalidad del ser humano, muy necesaria e imprescindible a la formación del hombre.

Durante muchos años impartió docencia en el Instituto Pedagógico y en la Escuela Normal Abelardo Núñez, dictando la cátedra de Ética y Filosofía de la Educación. Expositor elocuente, vehemente e incansable de los grandes temas de la cultura y el Bien Común, enseñaba con entusiasmo los aspectos más significativos de la

filosofía y la educación, asumiendo con un convencimiento profundo el valor inestimable de la enseñanza moral que siempre tuvo presente en sus asignaturas. Tuvo fe en una educación organizada en la perspectiva de la formación del individuo, razón por la cual consideraba que debía extenderse la influencia de esta enseñanza a todas sus ramas sin excepción (básica, secundaria, técnica y universitaria). Por este mismo motivo, estimaba que debía darse al sistema pedagógico la mayor amplitud posible, insertándolo orgánicamente en las funciones del Estado, las que vincula con la educación pública y el sistema nacional de formación, recogiendo algunas ideas del Estado Docente y el Estado Educador, a través de las cuales sigue las concepciones filosóficas de los grandes pensadores de Occidente, desde Platón hasta Hegel, Froebel y Kerbart. Gran conocedor de John Dewey, le atribuía una influencia muy positiva en el desarrollo cultural de la nación del norte. Jorge Millas, entre nosotros, recogerá alguna de estas ideas al referirse al sentido de lo que él denomina 'la plasticidad axiológica del Estado'.

El profesor Munizaga pensó orgánicamente la educación chilena y los diversos problemas derivados de ella, en la perspectiva de los grandes valores formadores de la nacionalidad. Esta simiente será recogida en nuestra Universidad y, con seguridad, fructificará con éxito en los medios de la cultura nacional.